

DESDE MI CELDA

*(Fragmentos de la novela de este título
de próxima aparición)*

Por JOSÉ MARÍA VAZ DE SOTO

Antes, cuando estaba libre, me gustaba mirar a las estrellas en las frescas noches de agosto. Conocía bien el cielo en todos sus pormenores. Recuerdo aún su lento girar armonioso, su musical silencio, su fría, lejana, indiferente hermosura. Hablé a veces con algunas estrellas más próximas, más cálidas tal vez, pero es posible que esto sólo llegase a ocurrir cuando ya me faltaba algo. Antes de ser así, en las claras noches de otros agostos más antiguos, sólo hacía contemplar, me bastaba mirar hacia arriba sin despegar los labios, elevarme hasta ellas con el pensamiento. Luego, en otros tiempos menos seguros, cuando tenía algún problema, también me dirigía en silencio hacia ellas, solo en la noche, y su mera contemplación me aplacaba y hacía brotar lágrimas felices que lavaban mis ojos de esa seca tristeza que empieza a dejar de ser humana. Más adelante en mi vida, cuando les hablaba ya con palabras desde algún rincón solitario de la noche, implorando tal vez una piedad que ni yo mismo sentía, acaso pensaba tan sólo en que ellas continuaban allí y yo debajo y eran hermosas y no podían ser malas. Siempre me gustaron las estrellas allá arriba. Ellas no pueden hacer daño y, en cambio, consuelan, no se sabe por qué. Están allá lejos, ardientes, infinitas, y sin embargo se las siente próximas y frágiles, como flores diminutas en la desolación de una estepa nevada. Es muy extraño lo que pasa con las estrellas.

Pero lo que más me gustaba era la lluvia, su fina canción más cercana, más tangible, sobre los campos de mi infancia. ¡Qué hermosura la lluvia que cae desde lo alto! Eso es aún más antiguo. Fue un tiempo anterior en el que todo era nuevo. Tenía ya enemigos sin duda, pero me eran desconocidos, y por eso vivía alegre y en paz. El miedo de las noches, la tristeza del atardecer eran más puros, más limpios, perfectamente asumidos, casi esperados, para poder luego sentir la alegría de la mañana, la huida de las sombras, el triunfo del día. Y la lluvia, mezclada con el sol, caía sobre los campos infinitos, sobre la vasta mañana, en un tiempo sin horas.

En aquel entonces todo era distinto, eso sí lo recuerdo. No sabría hacer el relato de las cosas que pasaban, pero jamás olvidaré el perfume de aquellos campos y siempre recordaré la lluvia mezclada con el sol. Es seguro que el mundo era por aquellos años más hermoso y la tierra se veía como inundada de aires claros, como traspasada por rayos de otra luz más limpia y serena.

Luego todo fue a peor. Las cosas cambiaron mucho para mí, y yo cambiaba con ellas. Empecé a deslizarme hacia el lado podrido de la vida. Ya no quise vivir, sino triunfar. Seguía siendo libre, es cierto, pero esa libertad la puse al servicio de llegar más alto, más arriba y arriba en un mundo desquiciado, creyendo que en el logro de esos objetivos iba a recuperar tal vez la vida misma, la frescura perdida, la armonía maleada, la hermosura sin límites. Fue una empresa disparatada, un mal camino, un afán demente. Y fue sin duda la ambición de entonces la que me trajo hasta aquí al cabo de los años, entre estas cuatro paredes. Porque, en lugar de levantarme como había soñado, fui cayendo. Y así llegué a caer tan bajo para los otros y más abajo aún dentro del propio abismo. Aquí estoy.

Caminar sin rumbo por las calles de una antigua ciudad con el corazón en calma y los ojos inundados demorándose en cada cosa que palpita junto a nosotros. Sin temor. Sin prisa. Sin nada que hacer. Sentarse en un banco que nos encontramos en una plaza olvidada, o hacerlo a la puerta de un bar, sobre la acera, para ver pasar a la buena gente o para charlar sin urgencias ni negocios con algún amigo... Así ocurrió algunas veces en los años de mi primera juventud, cuando aún creía yo en ciertas cosas, cuando aún tenía algo que esperar del día siguiente. Después, todo eso dejó de ser

posible para mí. Ya no pude mirar alrededor, sino al frente o hacia atrás, para alcanzar algo o para huir de alguien. Y ahora sólo me queda rememorar de cuando en cuando aquellos instantes abiertos y gozosos, aquellas gotas de felicidad que me llovían de no sé qué cielos privilegiados y que parecen hoy como de otro mundo y casi de otra persona.

¿Desperté de un sueño o comencé a soñar una interminable pesadilla donde el tiempo ha sido abolido y el futuro pertenece al pasado? ¿Por qué esa catástrofe? ¿Por qué esa ruina o putrefacción del alma? ¿Fueron las circunstancias y los malos pasos en que anduve los que me hicieron perder para siempre la frescura del conocimiento y de los ojos, o era tal vez un germen de corrupción, una levadura de muerte que ya habitaba en mí desde la cuna y que fue invadiendo tejidos y devorando células hasta envenenarme la vida toda? Siempre he sabido que las cosas no tienen remedio, que nada de lo que ocurre tiene remedio. Nunca me hice ilusiones sobre ese particular. Lo que lamento ahora es haber perdido la calma en la contemplación de esa nada que nos acompaña desde el nacimiento. Esa nada se ha metido en mi interior, me posee como un espíritu o demonio, y no se trata ya de oponerse a ella, de aceptarla *ahí*, sino de sentirla como un morbo invasor y maligno en cada latido del pulso, en la médula misma del presente que nace muerto.

Si me echaran fuera, si me permitieran salir de la prisión, sé bien que jamás podría volver a las calles aquellas ni sentarme en aquellos bancos. No sabría qué hacer allí, seguramente. Iría y vendría de un lado a otro, como un fantasma o como la sombra de mí mismo, y ni siquiera tendría valor para quedarme sentado. Me resultaría insoportable ver pasar desde mi asiento a los niños y a la buena gente de la calle cuando todo se sabe podrido por dentro y por fuera. Habría que moverse, no parar un instante, correr, correr de nuevo, hasta la fatiga, hasta la extenuación, hasta el delirio...

Aquí, ni eso. Sólo recordar, cuando es posible, la luz de aquellas calles por donde vagué tantas veces con la mirada libre resbalando sobre la hermosura del mundo; sentir de nuevo el espesor de la madera o el mimbre de la silla, como un eco casi apagado de la memoria, mientras me dejaba anegar, en una lenta oleada de vida, por el trajín de los niños y de la buena gente que pasa.

Pero ya hasta eso empieza a serme difícil. Pronto no me parecerán míos tales recuerdos.

Cuando estaba libre me gustaba mucho el mar, bañarme en sus olas frescas y espumosas y sentirme hondamente penetrado por su armonía inolvidable. Hace mucho que no veo el mar. La verdad es que, en los últimos años anteriores a mi encarcelamiento, tampoco sabía ya mirarlo, sentirlo como antes. ¡Antes! ¿Cuándo empezó a torcerse todo?, ¿qué negra noche de qué día malaventurado el mundo se me reveló de pronto como hostil y los hombres como enemigos y perseguidores?. ¿Qué fue lo que hice mal?, ¿qué daño causé a qué gente y en qué parte del mundo para que todo se me pusiera en contra? Antes, después y ahora: cielo, purgatorio e infierno. Así veo mi vida desde aquí, entre estas cuatro paredes, como un largo descenso hasta lo más profundo de un pozo. Toqué fondo un día, cuando me encerraron, y aquí permanezco. ¡El mar! ¡Qué lejos su murmullo inacabable, su brisa balsámica, su horizonte infinito! ¡El mar! ¡Qué hermosura perdida, qué paraíso irrecuperable, cuánta vida sin fin! ¿Cómo volver a ti, cómo recobrarte, cómo imaginarte siquiera desde el fondo de un pozo sin agua? A veces quiero pensar que tiene que haber un límite, que del suelo no se pasa, que yo sigo estando vivo y que tal vez un día me sacarán de aquí. Pero el tiempo se alarga sin término y nadie viene a reclamarme, ni siquiera a hacerme compañía. Y mientras tanto, el mar, allá tan lejos, sigue con sus mareas y sus oleajes, con su libertad inextinguible, siempre la misma y siempre nueva para los ojos frescos de los muchachos que se bañan en sus espumas aún no maleados por la vida.

El *Inglés* había trazado sobre un papel dos rectángulos alargados y paralelos. Eran, nos dijo, dos manzanas de casas. En el hueco alargado que quedaba entre ambas escribió: *calle Mallorca*. Las otras dos caras alargadas de los rectángulos, sin nada edificado enfrente, eran la calle *Menorca* y la calle *Ibiza*. Había otras dos calles, que tampoco eran calles, sino medias calles, es decir, los otros cuatro lados de los rectángulos, y que correspondían, según los rótulos, a las calles *Formentera* y *Cabrera*.

—Aquí, en el 12 de *Formentera* —dijo el *Inglés* ennegreciendo un pequeño cuadrado en una de las esquinas de un

rectángulo—, tenemos el refugio. Por si hay que salir a todo gas y nos perdemos unos de los otros. Allí nos espera Paloma.

—¿Qué Paloma? —dije.

—La paloma de la paz, oye, ¡qué pregunta!

—Pero... ¿en qué parte del edificio? —dijo Rodri.

—¿Qué edificio? —dijo el *Inglés*—. No te enteras, oye. Son casitas. O sea, entre casas y chabolas. Pero les han puesto nombres de calles. Es en las afueras. Casi en el campo. Tú pregunta y ya darás con ellas.

—¿Y por qué no vamos todos primero? —preguntó Rodri.

—Porque no tenemos coche, oye, no te enteras —dijo el *Inglés*—. Porque no me apetece andar y volver cansado. Ahora, en cuanto venga Marcos, vamos a buscar el medio de locomoción. Luego lo dejaremos aparcado donde nadie sospeche y, cuando llegue su momento, pim, pam, tranquilos, y manos a la obra. ¿Estamos?

—Y el coche ¿quién lo va a trincar? —pregunté yo.

—Eso no se planea —dijo el *Inglés*—, se hace en un rapto de inspiración.

Era lo que más le gustaba. A nosotros también nos divertía. A mí me emocionaba, sobre todo, verlo actuar. Sabía por anticipado que sería él quien rompería el cristal o abriría la puerta, quien manipularía los cables, pondría el motor en marcha y saldría zumbando en un instante, no sin antes invitarnos a subir a los demás sin excesivas prisas.

En aquel momento llegó Marcos. Venía riendo. Sus carcajadas eran contagiosas.

Iban por delante el *Inglés* y Rodri. Marcos y yo traíamos un diálogo de risas y medias palabras. De pronto Rodri nos hizo una seña. Miramos a derecha e izquierda, hacia las calles transversales. Apenas pasaba gente y así lo expresamos con el gesto. El *Inglés* no lo dudó un segundo. Traía en la mano un pedazo de adoquín; golpeó con él el cristal de una de las ventanillas, se metió en el coche, y un minuto más tarde atronaba la calleja con sus acelerones. Salió zumbando él solito, y treinta metros más adelante frenó bruscamente —para probar las zapatas, dijo después (éstas eran sus cosas)—, dio marcha atrás y vino a recogernos. Nos apelotonamos los tres en los asientos posteriores (la otra puerta delantera no

conseguimos abrirla), boca arriba y boca abajo, entre risas y manotazos y patadas. Luego Rodri, como pudo, se pasó junto al conductor por encima del asiento. A Marcos y a mí las carcajadas nos arrancaban ya del bajo vientre.

—¡Eso ya no es risa! —dijo el *Inglés*—. Como para atracar un banco con vosotros, oye.

El coche estaba nuevo: doce mil kilómetros. Y, encima, con discos y radio. ¡Qué maravilla! Seguramente yo fui el único que pensó unos instantes en su dueño y en el sofocón que se iba a llevar. Pero, en resumidas cuentas, así es la vida: unos ganan y otros pierden. Nosotros, esta vez, teníamos coche y una alegría y unas ganas de vivir muy grandes.

—¿Por qué no nos vamos a la playa? —se me ocurrió decir.

Mi propuesta fue bien acogida. Ya nos imaginábamos los cuatro chapoteando entre las olas, oyendo música al sol, algunas chicas que pasaban por delante en bikini... Pero el *Inglés* dijo:

—Después.

Y nos acordamos de la Universidad. ¿Cómo había surgido aquella idea de dar un golpe en la Universidad? Era cosa de Marcos, que había sido estudiante o lo era aún. Algo tenía contra la Universidad porque, lo que es dinero, todos sabíamos de sobra que no íbamos a encontrar mucho.

—Cambia eso —dijo Marcos—. Pon música clásica.

El *Inglés* paró ante una ferretería. Anduvo por allí y por una tienda de comestibles, y volvió cargado de cortafríos, martillos, alicates, latas de conserva y una botella de ginebra y coca-cola.

Echamos unos tragos.

—Vamos a dar una vuelta —dijo el *Inglés*—. Todavía es temprano y esto tiene el depósito lleno. ¿Mar o sierra?

No ha sido lo peor de mi vida mi relación con las mujeres. Hubo un tiempo en que llegué a creer, incluso, que ése era el camino para salir del atolladero en que me encontraba, que ésa era para mí la senda de la liberación. No llegó a ser tanto, pero sí fue, cuando menos, un arrimo para no derrumbarme desde muy temprano. También es verdad que nunca vi en ellas la salvación, porque la salvación no está en ningún recodo de

los caminos que yo he cruzado, y el recodo del sexo bordea a menudo, peligrosamente, la más honda de todas las simas. Pero no caí por esa parte.

De mis últimos tiempos de libertad, fueron con mucho lo mejor las primeras semanas de mi matrimonio. No sé cómo llegué a enamorarme de aquella muchacha ni puedo comprender cómo llegó ella a enamorarse de mí. Lo cierto es que nos casamos enseguida, como el que se agarra a una última tabla de salvación. Y sabíamos que las cosas no podían terminar felizmente para nosotros. Pero nos fue bien los primeros días. Yo me asomaba al fondo de sus ojos y ella se asomaba al fondo de los míos cuando hacíamos el amor. Los dos veíamos quizás la misma tristeza y el mismo desamparo en el fondo de estos ojos y de aquellos ojos, y eso era lo que nos unía. Pero habíamos llegado tal vez demasiado tarde uno para otro. No podía ser ya, para ella y para mí, como para los que se casan con todas las bendiciones, no podíamos seguir la senda de los que nacieron en una familia feliz y desde muy niños desearon por encima de todo fundar una familia feliz. Ni ella ni yo habíamos visto tal cosa. Ni ella ni yo contábamos con tales antecedentes. Por eso nos extraviábamos.

Pero antes fue muy hermoso. Ya casi no puedo recordarlo con detalle, ni creo que valga demasiado la pena, pero fue una de las pocas veces en mi vida, y sin duda la última, en que llegué a no sentirme enteramente solo. ¡Qué extraño sentimiento! Es seguro que nunca volveré a sentirlo, ni a sentir que lo sentía, y casi me inclino a pensar ahora que fue poco más que una ilusión. Mi vida ha sido un fracaso total precisamente por eso, porque no he conseguido nunca salir de mí mismo.

Y sin embargo salimos ella y yo el uno hacia el otro, avanzando y retrocediendo hora tras hora, entre el temor y la dicha, en aquella habitación caldeada por nuestros propios cuerpos, cuando el mundo de alrededor estaba helado, cuando todo era hostil para nosotros en las mansiones vecinas y la persecución se organizaba lenta e implacable en el exterior. Su cuerpo fue mi último refugio.

El aire movía mansamente las ramas de los olivos, y por encima se sentía el silencio infinito de las estrellas.

—¡Qué hermosura es el mundo! —dijo Rodri—. ¿Por qué lo habrán estropeado? ¿Quién será el responsable?

—Nadie —dijo Marcos—. Ha sido una equivocación de la naturaleza.

—¿Cuál es la equivocación?

—El hombre. Somos una equivocación de la naturaleza. Algo nos lleva, nos empuja más allá de nosotros mismos. Eso es una anomalía. Hace sufrir mucho. Duele. Somos un error, un extravío de la naturaleza.

—¿También nosotros cuatro?

—También. Eso opino. Aunque en un grado inferior a la mayoría: esa pobre gente que corre de su trabajo a su casa y de su casa a su trabajo. Para eso tienen el coche. Para que a lo mejor, luego, como a éste de hoy, se lo roben un día. Les pasa algunas veces, que se quedan sin coche. Y más prisa. Y más sufrimiento. Y más angustia.

—¿Y por qué corren tanto? ¿Les gusta trabajar? —preguntó Rodri.

—No, no les gusta —dijo Marcos—. Yo se lo he preguntado a más de uno. En general, no les gusta.

—¿Por qué corren entonces? ¿Están locos?

—Sí, claro que están locos. Eso no lo dudes. Pero tampoco es una explicación suficiente. Estar loco es no ser como los demás. Ellos están locos para nosotros, y seguramente también nosotros estamos locos para ellos.

—Pero nosotros no corremos —dijo Rodri—. Hay que hacerse cargo. Nosotros sólo corremos cuando nos quieren coger. Es que a mí no me gusta que me metan preso, ¿sabes? Si no, no correría. ¿Para qué iba a correr?

—Es verdad —dijo Marcos—. Nosotros corremos cuando nos persiguen. Y, luego, los que corren sin que los persigan dicen que estamos locos. ¿No tiene gracia? Ellos ¿por qué corren? Porque nos quieren coger, ¿no? Ellos son los perseguidores. Nosotros nunca corremos detrás, sino delante de alguien. Somos los perseguidos. Pero, en todo caso, se está mejor así, ¿no te parece?

—A mí sí me parece —dijo Rodri—. Yo no podría vivir de otra manera. A veces lo he intentado, cuando mi padre estaba en el

mundo todavía, por darle gusto. Pero nunca he sido capaz. Se amarga uno, qué sé yo. Y luego volvía a robarme cosas y vuelta a los líos. Pero si me las robaba era porque me hacían falta, ¿no? Mi padre decía que yo era su mayor desgracia. Y que lo maté a disgustos, eso decía él. Lo amargan a uno con esas cosas.

El *Inglés* y yo oíamos la conversación en silencio, bajo los árboles y las estrellas.

De vuelta a la ciudad, ya entrada la noche, el *Inglés* no quiso que nos pasáramos por el refugio de Formentera.

—Si nos ven la matrícula, que sea por mala suerte y no por tentar a Dios —dijo.

Así es que enfilamos para la Universidad.

—Además, ya es la hora —añadió el *Inglés*.

Nada se había estudiado a fondo. Las cosas se irían resolviendo sobre la marcha. Con el *Inglés* siempre era más o menos así. No resultaba fácil para él atenerse a un guión, le gustaba improvisar. Lo único que teníamos asegurado era la entrada: Marcos había conseguido copia de las llaves.

El *Inglés* frenó de pronto, en mitad de una avenida, y montó el coche a medias sobre la acera.

—Coge tú el volante —le dijo a Rodri.

—¿Pero qué pasa? —pregunté yo mirando en las dos direcciones de la calle. Sólo se veía, a la escasa luz de las farolas, un grupo de dos o tres personas por la ventanilla de atrás, a cierta distancia. Ningún otro coche en marcha a la vista.

—¡No, *Inglés*, no hagas eso, déjalo para otro día! —gritaba Marcos.

Pero el *Inglés* ya había lanzado su trozo de adoquín, y la luna del escaparate se vino abajo con estrépito. Marcos salió también del coche. El *Inglés* le puso en las manos un par de linternas. Luego, sin la menor vacilación, se metió en el escaparate, pasó al interior de la tienda y reapareció enseguida increíblemente cargado de cámaras fotográficas, vídeos, radiocasetes, unos prismáticos y un televisor. Se arrojó como un fardo sobre el asiento delantero al tiempo que Rodri arrancaba a todo gas. Detrás de nosotros apareció por fin dando voces el vigilante nocturno.

—Perfecto, *Inglés* —dijo Rodri—, ha sido maravilloso.

—Un traguito para celebrarlo —dijo el *Inglés* mientras, con la botella, nos iba pasando a Marcos y a mí la mayor parte del material obtenido—. Ahí tenéis, como poco, cuarenta mil duros, oye —añadió al concluir el traspaso.

—Ya me conformaría yo con cuarenta mil pesetas en papeletos —dijo Marcos—. ¿Para qué quieres estos prismáticos?

—Para observar a los polis. ¿Te vale? —replicó el *Inglés*.

—Para observarlos con los gemelos al revés, que los pone más lejos —sugirió Rodri.

—Bueno, tira para el refugio —dijo Marcos—. Nos conviene soltar esta mercancía.

—No ordenó el *Inglés*—. —A la Universidad.

Cuando me interrogaban mis jueces y perseguidores, pensé en última instancia que era mejor decir la verdad, confesarlo todo. Fue una equivocación. No conseguí hacerme entender. Ellos preguntaban tan sólo por ciertos elementos de lo ocurrido que llamaban hechos, no se interesaban verdaderamente por cómo sucedieron las cosas. Manejaban sus códigos con impecable competencia profesional y se remitían a la letra escrita para leer mis delitos y sus penas correspondientes como un médico o robot se remite al mercurio de un termómetro o al resultado de unos análisis para emitir un pronóstico o sentencia.

—¿Reconoce los hechos? ¿Fue usted quien lo hizo? —inquirían una y otra vez.

Pero los mismos hechos eran presentados a una luz extraña o inadmisibile, y esa palabra, “usted”, pasaba por encima de mi cabeza como un lazo mal arrojado sobre un caballo al galope.

—La ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento —me dijeron más adelante.

Ellos lo habían decidido de esta manera y era inútil alegar que yo no aceptaba aquella hermosa frase, que rechazaba todas y cada una de sus leyes empezando por ésa, que aplicarme su código era una atroz injusticia.

—Yo no estoy de acuerdo con esas leyes, señores. Las desprecio desde lo más profundo de mi ser —dije por fin, abriéndoles de par en par mi corazón.

Y fue para ellos un delito más, o una agravante, o un insulto. Como tal lo tomaron.

Era el oficio de ellos, y nada puedo reprocharles. Lo hicieron bien, hay que reconocerlo: me aplicaron los artículos adecuados y los apartados precisos, le dieron un nombre a cada delito y leyeron a continuación la pena correspondiente con absoluta ecuanimidad.

—Dura es la ley, pero es la ley —me dijeron también.

—La ley del más duro —repliqué yo, y lo tomaron por un eco sin significado o por un juego de palabras ni siquiera ingenioso.

Añadí entonces que las penas me parecían monstruosamente desproporcionadas, que se hablaba en ellas de años como de cachetes, que yo no era tan diferente de ellos mismos, que personalmente estaba dispuesto a olvidar todos mis delitos y proclividades y a intentar conducirme como ellos querían para darles gusto y que me levantarán los castigos. Tampoco con esto logré conmovellos. Se enfadaron más bien. Hubo quien lo tomó como una burla y quien lo calificó de desacato. Incluso uno de ellos, el que con más saña me acosaba y que parecía sentirse orgulloso de su papel como de un noble oficio, se agarró a una de mis frases para lanzarme el más afilado de sus dardos verbales y soltar una breve y malévola carcajada.

Fue muy duro para mí todo aquello. Estaban en contra por principio. Cometí un irreparable error al reconocer unos hechos que nada o muy poco tenían que ver conmigo. No obtuve correspondencia al abrirles mi corazón como un ingenuo. Ni tan siquiera parece que conseguí hacerme entender. Sus miradas opacas y hostiles, sus palabras precisas e impenetrables, sus juicios misteriosamente exactos y coincidentes me hicieron intuir la evidencia de que también ellos vivían en una helada soledad y sólo por un momento se habían sentido unidos y solidarios: al condenarme.

Me dejaron hablar, otra vez, cuando ya lo tenían todo juzgado y decidido. Hice un último esfuerzo para buscar el tono, no las palabras. Esperaban acaso un grito de odio o rebeldía que viniera a corroborar su justicia o tal vez unas lágrimas culpables para ablandar un punto su rigor. Pero sólo dije:

—Soy inocente.

Y me mandaron aquí.